

Todavía no se extinguen los incendios ocasionados por la barbarie desatada por los sectores más atrasados de la especie humana. Todavía no se conoce la magnitud de la pérdida de vidas y bienes. Aun las personas no han comenzado a llorar a sus muertos, aferradas a la débil esperanza de encontrarlos con vida entre la gigantesca mole de escombros dejada por el colapso de los edificios destruidos. Apenas se vislumbra el posible costo económico de estos atentados, y ya los responsables de las compañías de seguros han dado inicio a su labor de ajuste de las pérdidas sufridas en este hecho inverosímil.

Las propias aseguradoras tienen muchos muertos que lamentar. Algunas de ellas, incluso han perdido gran parte de su recurso humano y de su información, lo cual seguramente dificultará aun más; si cabe, esta complicada labor.

Los costos para la industria aseguradora serán tan devastadores como lo han sido para los otros sectores de la economía. Según versiones de prensa, solo una de las dos torres gemelas contaba con cobertura de

seguros. No obstante, ya se habla de pérdidas aseguradas del orden de decenas de miles de millones de dólares. Ello inevitablemente provocará la quiebra de varios reaseguradores, quienes deberán responder por las enormes sumas que se van a reclamar. A no dudarlo, el efecto se sentirá en todo el mercado del mundo.

Como ejemplos, el huracán ANDREW produjo pérdidas indemnizables por valor de US\$20.000.000, calculados en dólares de hoy; y el atentado de 1993 en los sótanos del World Trade Center costó a los aseguradores y reaseguradores US\$1.000.000.000 de hoy (la mitad en Lucro Cesante).

Según cálculos del mercado reasegurador, un volumen de indemnizaciones por debajo de US \$ 15.000.000.000 puede tener un impacto de moderado a grave en los estados financieros; en tanto que consideran que el límite que puede soportar la industria aseguradora en su conjunto se sitúa en cincuenta mil millones de dólares.

Las pérdidas humanas, solamente en el sector asegurador, son abrumadoras:

Marsh y MacLenan, reporta 313 empleados perdidos, de los 1900 que trabajaban junto con los de su empresa filial Guy Carpenter en los pisos 93 a 100 de la torre norte, la primera en ser impactada. Los empleados de la segunda torre alcanzaron a ser evacuados en su totalidad de sus oficinas de los pisos 48 a 54. Otro funcionario de la misma Firma viajaba como pasajero en uno de los aviones estrellados. Cabe destacar que tan solo se perdió un día de la información contenida en los servidores y computadores, gracias a la existencia de un estricto plan de elaboración de copias de respaldo (back ups), las cuales eran guardadas en una sede de la empresa, alejada de las Torres Gemelas. El tiempo dirá cuántas empresas tenían la misma previsión.

Aon informa la desaparición de 200 de sus 1100 empleados ubicados en el World Trade Center

Algunas de las cifras conocidas de manera preliminar acerca de los estimativos de los principales reaseguradores son:

EMPLOYERS RE., US \$
1.000.000.000

SWISS RE, US\$700.000.000

GENERAL ELECTRIC
US\$600.000.000

PARTNER.RE US\$400.000.000

CNA US\$300.000.000

CHUBB, US\$ 200.000.000

MARKEL US\$75.000.000

BERKLEY US\$ 25.000.000

HISCOX reporta que de un solo cliente particular tenía asegurados US\$75.000.000 en obras de arte situadas en una de las torres. Muchos de los ocupantes tenían objetos valiosos, títulos valores, joyas y dinero depositado en cajas fuertes. Muchas de estas propiedades estaban igualmente aseguradas.

Si bien esta situación resulta especialmente preocupante, obedece a la naturaleza misma de la industria de los seguros. Se asumen grandes riesgos, enfrentándose a la posibilidad mas o menos lejana de su materialización. Lo que sí resulta abiertamente inquietante es la gran cantidad de pérdidas derivadas de estos atentados, que no estarán cubiertas por ningún tipo de seguro. Algunos de los más relevantes son:

BIENES MATERIALES: al efectuar cálculos de máxima pérdida probable, para determinar el mayor valor que podría verse afectado en un evento catastrófico; necesariamente se involucra un elemento subjetivo de valoración, como es el de la percepción del máximo riesgo.

Dichos cálculos, en los cuales se invierten grandes cantidades de tiempo, concluyen con una **estimación** de valor, que servirá de base para la contratación de los correspondientes seguros.

Los acontecimientos del 11 de septiembre demuestran que, al momento de calcular la máxima pérdida probable de un determinado riesgo, no es conveniente quedarse corto en los estimativos; aunque ello implique el pago de una prima de seguro mayor.

INTERRUPCIÓN DE NEGOCIOS: por definición, la póliza de lucro cesante por incendio cubre la pérdida de utilidades derivada de la ocurrencia de un daño material cubierto por la póliza de incendio correspondiente.

Se considera que tan solo un 25% de las empresas contrata este tipo de seguros. Para tranquilidad de quienes los tienen, se ha hecho público el anuncio por parte de los principales reaseguradores, en el sentido de que no se trató de un acto de guerra, el cual estaría excluido de la mayoría de los contratos de seguros de Incendio y Lucro Cesante. Al considerarse como Actos Mal Intencionados de Terceros, la cobertura operará normalmente, con las dificultades propias de una gran catástrofe.

Muchas empresas dedicadas a la intermediación financiera, como

comisionistas de bolsa y otros agentes de dicho mercado, experimentarán pérdidas derivadas tanto del cierre de sus negocios, como de la interrupción de las ruedas y operaciones en Wall Street. Corresponderá a los ajustadores determinar el grado de afectación directamente ocasionado por cada evento.

En consecuencia, las organizaciones que perdieron sus edificios y equipos estarían cubiertas por el seguro de lucro cesante.

Surge aquí un problema diferente: la mayor parte de las pérdidas para las empresas ubicadas en las Torres Gemelas y en los otros edificios adyacentes, fue en **capital humano** y en **información**, dos recursos que no se contabilizan como activos y por lo tanto, las pérdidas consecuenciales no se cubren por ningún seguro. Las personas que fallecieron en los atentados representaban el mayor de los activos de estas empresas de servicios, no solo desde el punto de vista del valor de la vida humana en sí; sino por la inversión en entrenamiento y desarrollo de habilidades laborales, por su conocimiento de los procedimientos de la empresa y por su manejo del negocio.

Nuestro sistema contable fue desarrollado en Italia hace casi medio milenio, en momentos en los cuales ni siquiera se pensaba

que el conocimiento y el recurso humano pudieran ser capitalizables.

Las empresas que perdieron a sus empleados tardarán mucho tiempo en recuperar la normalidad de sus operaciones y su ritmo de ingresos. Para ellas no opera la cobertura de lucro cesante en este caso, sino para aquellas utilidades dejadas de percibir en directa relación con los daños materiales cubiertos. Una primera estimación se sitúa en US\$5.000.000.000.

Sirva este momento para reconsiderar cuál es el activo más valioso en las organizaciones modernas, y la urgente necesidad de desarrollar un seguro que ampare contra su pérdida. Es hora ya de considerar al recurso humano como capital intelectual, como un valioso activo de las organizaciones, susceptible de contabilizarse y de asegurar su potencial de producir beneficios. Esto implicaría cambios no solo en el sistema contable, sino en la concepción del seguro de Lucro Cesante. Seguramente que tal adecuación supondrá problemas, pero los desarrollos posteriores a esta catástrofe servirán para demostrar que el riesgo de desaparición de una empresa, por la pérdida del talento que la conforma, es igual o mayor que el derivado de pérdidas de bienes materiales; más fácilmente sustituibles que las personas que las integran.